

PUBLICACIONES *Cinema*



BETTE DAVIS  
GEORGE BRENT

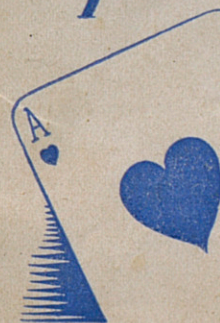
EN:

*La*

*que*

*Alpostò*

*su Amica*





# LA QUE APOSTÓ SU AMOR

BASADA EN LA PELICULA DEL MISMO NOMBRE

DIRIGIDA POR

MICHAEL CURTIZ



PELICULA WARNER BROS

DISTRIBUIDA POR

WARNER BROS, FIRST NATIONAL FILMS

Paseo de Gracia, 77

BARCELONA

Argumento narrado por

PUBLICACIONES CINEMA



PRINCIPALES INTÉRPRETES:

BETTE DAVIS

GEORGE BRENT

Roscoe Karns

Winifred Shaw

Gordon Wescott

Dorothy Dare

---

PROHIBIDA LA  
REPRODUCCIÓN

---

---

TALLERES GRAFICOS VDA. M. BLASI - BARCELONA

## LA QUE APOSTÓ SU AMOR

ARGUMENTO DE LA PELICULA

---

Todos los representantes de la Prensa neoyorquina se habían congregado aquel día en el Penal. Era grande el acontecimiento. Iba a conducirse a la última pena a una mujer. A una artista conocida de Broadway. Y era preciso presenciar la ejecución para poder hacer uno de los reportajes más sensacionales, más emocionantes, de más apasionado comentario que en aquel año habían sido publicados por los «sabuesos» de la prensa que, ávidos de noticias frescas y de encontrar temas atractivos para sus periódicos, no dejaban perder ninguno de los acontecimientos sensacionales que se producían en la ciudad enorme, en la ciudad en la que cada día mil casos distintos ofrecían su curiosidad y su rareza a los que la perseguían ahincadamente.

Curt Devlin, el gran Curt, era el periodista que más empeño ponía en perseguir todo lo nuevo, todo lo emocional, todo lo que podía ofrecer al público del «Express», su diario, un atractivo especial que aumentara día a día el número de lectores. Curt Devlin sabía perseguir noticias y sabía transcribirlas al papel con una gracia especial que le había dado gran renombre. Curt Devlin fue, ¡naturalmente!, uno de los primeros en llegar a la prisión donde iba a efectuarse la ejecución espeluznante y terrible.

Curt Devlin sabía perfectamente que el espectáculo no sería divertido. ¡Ver morir a una mujer en la silla eléctrica!... ¡Y a una mujer bonita!... Pero el amor al oficio le hacía cerrar los ojos a aquella espantosa visión y le hacía sentir el ansia de presenciarla para poder hacer de ella un relato más detallado, más emotivo, más interesante que si lo relatara sólo por referencias o por imaginación. Claro que, en casos como aquel,



la imaginación era una gran auxiliar y que, si tanto se empeñara en ello, podría hacer un reportaje magnífico sin necesidad de ver la ejecución; pero había que mostrarse valiente y había que superarse a sí mismo, porque no quería que los compañeros de prensa pudieran, al día siguiente, decir en sus periódicos: «Curt Devlin no ha tenido valor para presenciar la ejecución de Mabel Gaye y ha tenido que retirarse de la sala como si fuera una señorita nerviosa». ¡Oh, no, jamás Curt Devlin consentiría que sus compañeros pudieran tratarle de cobarde!... Sabría ser valiente hasta el final y sabría contener sus nervios aunque tuviera que costarle luego una enfermedad.

Y, haciéndose estas reflexiones, había llegado hasta la puerta del Penal y había penetrado en él después de haber exhibido su carnet de periodista que le abría el paso en todas partes.

En el patio se le reunió Toots, el fotógrafo del «Express» que, Dios sabe cómo, había podido llegar hasta allí con su cámara burlando la vigilancia, porque estaba archí prohibido penetrar en el penal con máquinas fotográficas.

—¿Qué haces aquí? — le preguntó Curt, extrañado de ver a aquel compañero de trabajo al que temía un poco por sus muchas indiscreciones.

—He venido para tomar una fotografía de Mabel Gaye en el momento de ser electrocutada.

—No digas tonterías... No podrás hacer esa foto... Yo no consentiré que entres en la sala de ejecuciones. No quiero compromisos luego. Ya sabes que está prohibido.

—Vamos, Curt, ten un poco de corazón... Déjame presenciar el espectáculo... Ya sabes que hace años no me pierdo ninguno...

—Pues este le vas a perder; te lo aseguro — afirma Curt, dejando plantado al fotógrafo y siguiendo su marcha a través de los largos pasillos del penal en los que va encontrando a todos sus compañeros de prensa que, como él, han acudido al sebo tentador de aquella ejecución que será un relato sensacional en las hojas de los respectivos periódicos.

Los periodistas están todos un poco nerviosos y un poco téticos. A ninguno le place tener que presenciar el espeluznante espectáculo; pero todos procuran disimular lo mejor que pueden el miedo que tienen, porque ninguno quiere confesar su cobardía, ¡cobardía tan natural en la naturaleza humana!... Sería preciso ser de piedra o de corcho para quedar insensible ante la ejecución de una mujer... aunque esa mujer sea la más desalmada de la tierra y el ser más criminal del mundo... Además, Mabel Gaye no es ni una cosa ni otra; es,

simplemente, una mujer que ha perdido su camino en la vida y que se ha lanzado al abismo de cabeza, sin medir la distancia, sin pensar en las consecuencias... ¡Y la consecuencia ha sido para ella fatal: ha sido, nada más ni nada menos que la silla eléctrica!

Curt Devlin va saludando a sus camaradas. A cada uno le dice una palabrita un tanto irónica, y pone aquella ironía en sus palabras para disimular el mismo el pánico que tiene de presenciar el espectáculo.

—¡Oh, qué pálido estás, amigo! — dice a uno. —¿Es que tienes miedo?

—¿Qué es lo que tienes en la frente? — pregunta a otro. —¿Es sudor de angustia?

—Si no te gusta oír gritos de mujer, no te quedes — dice a un tercero — porque la última ejecución que yo presencié, que también era de una mujer, pegaba tales gritos la condenada que luego tuve que ir a casa del especialista porque tuve miedo de que se me hubiera roto un tímpano.

Los periodistas sonríen, disimulan, le devuelven las bromas. Lo cierto es que ninguno de ellos se siente demasiado seguro de sí mismo. Y todos consultan el reloj con ansia, porque los minutos se les hacen siglos y al mismo tiempo les pasan demasiado rápidamente: parecen ellos los que van a ser ejecutados.

—Hubiera sido mejor que Mabel Gaye se hubiera suicidado antes de cometer el crimen que cometió... Así no tendríamos ahora que presenciar eso... — dice uno de los reporteros que acaso sea, entre todos, el más sincero al expresar la repugnancia que le producen aquella clase de espectáculos.

—Si se hubiera suicidado no tendríamos tema para hacer un bonito reportaje — replica otro dándose las espaldas de espíritu fuerte, mientras seca el sudor que le perla la frente, sudor que no lo produce el calor de este frío día de invierno, ciertamente, sino la angustia no confesada.

—Pues a mí, chico — le replica el que primero ha hablado — te soy sincero, no me gusta que me den estos encarguitos... Siempre me pongo enfermo cuando veo una ejecución.

Curt Devlin se queda un momento en suspensa. Acaba de ver a alguien a quien no le gusta encontrar allí. Acaba de ver a Elena. ¿Qué ha venido a hacer Elena a este lugar espantoso?

—¡Hola Devlin! — le dice la muchacha, adelantándose hasta él y mirándole con una mirada de desafío, porque Elena es la competidora implacable de Curt Devlin, la periodista que va a la caza de noticias con más ahínco que Devlin y que hace unos reportajes que podrían competir con los de Curt



Devlin si Curt Devlin consintiera en tener competidor... o competidora, mejor dicho.

—¿Qué has venido a hacer aquí? — interroga Devlin, sin dar la mano a Elena, porque no quiere apropiar el que la chiquilla haya comparecido a presenciar una ejecución.

—He venido a lo que habeis venido todos... Mañana aparecerá en el «Star» una crónica emocionante del crimen cometido por Mable Gaye y de la ejecución que hoy va a llevarse a cabo.

—No tendrás valor para ver eso... — murmura Curt.

—¿Quieres un sandwich? — le pregunta Elena, que se pone a comer como si no le importara nada todo aquello.

—No, gracias; no tengo ganas de comer en este momento... ¿Pero cómo se ha atrevido tu director a mandarte aquí, sabiendo que es una mujer a la que van a electrocutar? — le pregunta, extrañado de que el director del periódico haya tenido tan poca delicadeza.

—He venido porque yo se lo he pedido.

—¿Se lo has pedido tú? — pregunta, extrañado, Curt.

—Sí, ¿por qué no?... ¡Es un gran acontecimiento y se puede hacer de él un magnífico relato! — exclama Elena con un poco de fanfarronería.

—Mira, nena, una electrocución no es un espectáculo para chiquillas, te lo aseguro.

—No soy una nena, sino una repórter.

—No es cierto... Tú no eres más que una criatura encantadora a la que su familia le ha consentido leer demasiadas novelas espeluznantes y que se cree la heroína de todas ellas.

—Y tú te crees un valiente... ¿no?

—¡Pssshé!... — murmura Curt con desdén. — Supongo que tú estarás ya muy acostumbrada a ver ejecuciones...

—No; pero alguna vez ha de ser la primera. Porque supongo que tú no habrás empezado por la última — replica Elena prontamente, porque la da coraje verse tratada como una niña cuando ella se siente con todas las energías no sólo de una mujer, sino con las energías de un hombre, y de un hombre tan hombre como Curt Devlin.

—Claro; también yo he pasado por la primera experiencia; pero empezar con la ejecución de una mujer me parece demasiado fuerte.

—No veo qué diferencia hay entre ver morir a una mujer o a un hombre.

—Bien, será curioso ver cómo soportas esa primera experiencia... Quizá sería bueno que te preparara un poco, para que estés prevenida. Mira, supongamos que ésta es la silla eléctrica — le dice, obligándola a sentarse en una silla. — Esto son

los hilos de alta tensión... El verdugo hará sentar a la sentenciada así, violentamente... Le atarán las manos así... Y las piernas... Y le pondrán alrededor de la garganta una cinta a través de la cual pasará también la corriente de alta tensión... Luego le tapan los ojos con un pañuelo... Y la boca, para que no chine... Entonces conectarán el electrodo... pasará la corriente... y...

—¡Oh, basta! — grita Elena, levantándose de la silla, porque Curt la ha ido haciendo todo cuanto ha ido explicando.

—Creo que como ensayo ya es bastante...

—Esta bien, como quieras; intentaba únicamente darte una visión de lo que va a suceder... Oye, pequeña, está bien que quieras ser periodista y que corras tras las ambulancias para saber de qué accidente muere fulano o Zutano... y que vayas allí donde haya fuego para describir el espectáculo... pero asistir a una ejecución, ¡es demasiado para ti! Mira a todos nuestros compañeros de prensa. Todos han presenciado ya varias ejecuciones; todos están pálidos y angustiados sólo al pensar que tienen que presenciar otra. Créeme, vete a casa o a la redacción... y yo escribiré tu reportaje. Nadie lo notará.

—Gracias, no necesito ayuda de nadie. Si tú puedes resistir el espectáculo también lo podré resistir yo — afirma Elena con mucha decisión, no queriendo dar su brazo a torcer.

Curt Devlin se encoge de hombros y no insiste. Está seguro de que aquella chiquilla no tendrá resistencia para soportar la ejecución; pero puesto que se empeña en ello... que lo pruebe... Ya vigilará él de cerca a Elena para que no le pase nada malo.

El momento se acerca. Hay un gran nerviosismo entre los periodistas. Todos pagarían su sueldo entero para no tener que ver la espantosa escena, pero todos disimulan para que sus compañeros no les tomen por cobardes.

La sala está llena de periodistas. Entre ellos Elena, sentada, mira fijamente la silla eléctrica que espera a la condenada. Y siente en su alma de mujer un calofrío de terror; pero ve que Devlin la está observando y contiene su espanto y disimula lo mismo que están disimulando todos los demás.

Con una fuerza de voluntad admirable Elena puede presenciar el terrible espectáculo. En el momento en que dan la corriente cierra los ojos muy apretados para no ver la mueca de la muerte en el rostro de la víctima. Está segura de que todos habrán hecho lo mismo. No es posible que ningún ser humano pueda contemplar con frialdad cómo se quita la vida a un semejante. Y Elena abre los ojos cuando ya cree todo terminado y siente que un sudor de angustia le invade la frente y que todo da vueltas en torno a ella. Pero aún tiene



bastante fuerza para salir de la sala con todos sus compañeros y ponerse a escribir a vuelo pluma las primeras líneas del reportaje que ha de aparecer al día siguiente en su diario y que ha de confirmarla como excelente periodista.

«Las luces de Broadway no han lucido esta noche — escribe — pero las luces de la Prisión del Norte en la que Mabel Gaye ha sido ejecutada, tenían el brillo extraordinario de los grandes acontecimientos. Mabel Gaye ha cantado hoy su última canzoneta; ha comparecido ante la silla eléctrica como si apareciera en el escenario en sus mejores noches de gloria y ha cantado hasta que la corriente eléctrica ha apagado su voz...»

Elena siente que los ojos se le nublan, que algo muy extraño le invade el cerebro, que le falta la fuerza en las manos... Elena cae al suelo desmayada, porque su naturaleza no puede resistir más.

—¡Oh!... ¡Deprisa!... ¡Que traigan un vaso de agua para la señorita! — grita Curt, que no ha apartado los ojos de Elena. —Deprisa, vigila tú a Elena, que yo le acabaré la crónica entre tanto y la mandaremos a su periódico antes de que ella pueda escribirla — añade dirigiéndose a uno de sus colegas.

Curt Devlin escribe rápidamente:

—«Con la sonrisa en los labios, entonando su canción favorita, la que la había hecho famosa como canzonetista en todo Broadway, Mabel Gaye se ha sentado en la silla eléctrica para pagar con su vida el asesinato de su amante. Estaba bella como nunca. Su belleza rubia y cálida se mostraba en aquel momento en toda su intensidad, como si la naturaleza quisiera mostrar, ya que por última vez se mostraba en público, todo lo que podía dar de sí aquella mujer que iba a ser aniquilada por la corriente eléctrica...»

Curt Devlin escribe la crónica rápida, calurosamente, mientras Elena está atendida por los demás compañeros que han acudido a ella.

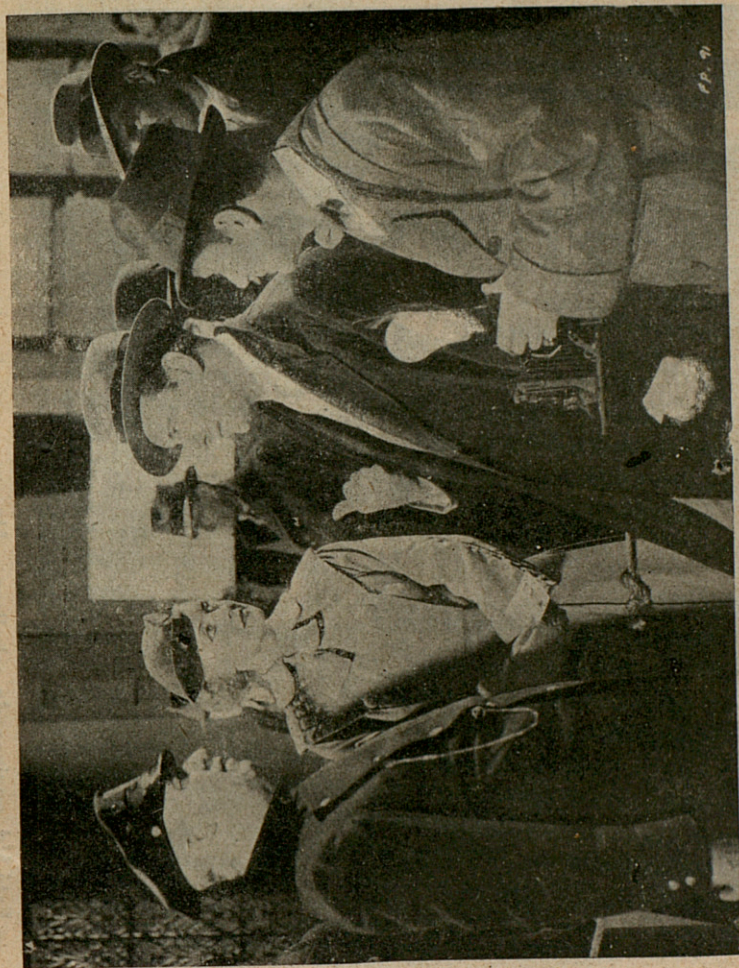
Cuando vuelve en sí sonríe a los que están a su alrededor y dice, mirando a Curt, que se acerca:

—Me siento bien; no ha sido nada.

—Me alegro, chiquilla — le dice Curt acariciándole la cara como lo hubiera hecho con una niña. —He acabado tu reportaje para que no tuvieras que fatigarte.

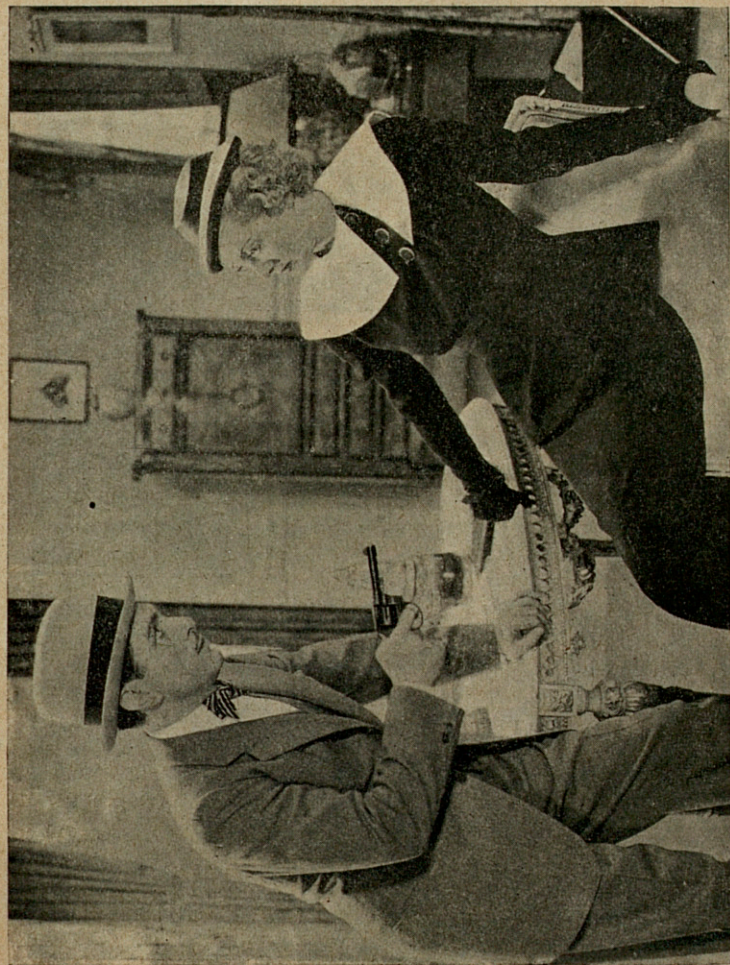
—Pero... — murmura Elena, en cuyo rostro se refleja la indignación y la ira.

—No te preocupes... Supongo que ahora no te sientes ya tan bien, ¿eh? — le dice Curt con picardía, haciéndole con los ojos un guiño pícaro.



— Como ha dejado llegar esta pequeña hasta aquí?





— Está Vd. equivocado caballero... No soy una espía, ni tan siquiera soy policía.

— ¡Oh... infame! — musita Elena, dejándose caer sobre la silla anonadada ante la noticia.

En las redacciones de los periódicos se trabaja muy intensamente toda la noche. Es preciso que la noticia de la ejecución de Mabel Gaye ocupe el primer puesto en la primera página. Aquel relato hará engrosar las entradas en un ciento por ciento de los días ordinarios. Y una cosa así no puede dejar desperdiciarse, porque no todos los días se ejecuta a una bella artista de Broadway... Tanto en el «Express» como en el «Star», las máquinas no cesan un instante de su cometido y los diarios van saliendo llamantes, oliendo a tinta fresca y a papel todavía húmedo, mientras van pasando a otras prensas y a otras máquinas que los doblan, los aplanan, los ponen ya en condiciones de salir a la calle a lanzar a los cuatro vientos la vocinglería de su noticia sensacional.

A la mañana siguiente el asombro es grande. Tanto el «Star» como el «Express» traen las mismas grandes titulares: «Mabel Gaye subió a la silla eléctrica cantando su canción favorita».

¿Cómo ha sido? ¿Quién ha redactado aquel reportaje? ¿Qué ha pasado? ¿Las mismas palabras en los dos periódicos que se hacen la competencia!... ¿Es aquello una burla? ¿Es la mala voluntad de algún traidor?... Los dos directores de los diarios están angustiados y no saben qué hacer. Hay que recoger la edición. Hay que lanzar otra cosa en lugar del reportaje que tanto se ha esperado. No es posible que los dos publiquen idénticas titulares como si hubieran sido copiadas una de otro... Es preciso dar rápidamente las órdenes de recogida, si es que la edición no ha sido lanzada todavía a la calle.

Pero las ediciones ya circulan por todas las calles de la ciudad. Ya van los camiones repartiéndolas por todos los quioscos y por todas las esquinas. Ya los vendedores van voceando la gran noticia...

Curt Devlin ha ido a saludar a Elena a la redacción. Ni uno ni otro saben todavía lo que ha pasado. Los dos están orgullosos del trabajo realizado y esperan obtener un aumento de sueldo de resultados del reportaje célebre.

— Si tu estuvieras en mi lugar — le dice Curt a Elena, cuadrándose ante ella — ¿me preguntarías si te quiero?... —

— Huum hū... — musita Elena, asintiendo con la cabeza y sonriendo.

— ¿De veras?... Y me pedirías que te besase?...

— Huum hū... — vuelve a susurrar Elena, con aquella vaga contestación que tantas cosas quiere decir.

— Oye, Elena — dice Curt, acercándose más a ella — tengo



un amigo que está casado y... que dice que el matrimonio es el estado más perfecto.

—¿Y qué piensa su mujer de él?

—Piensa que es una lástima que él no sea mellizo... para así poder ser dos veces feliz...

Elena suelta una carcajada y Curt ríe también. Los dos se sienten felices aquella mañana, porque los dos son jóvenes y los dos creen en aquel momento en su mutuo amor.

—No quiero casarme — dice Elena, poniéndose seria de pronto. —Sería una locura que abandonara mi carrera de periodista tan pronto.

—Pero, Elena, ¡por Dios!... ¿No comprendes que tú no necesitas trabajar y que tu trabajo ha de ser mimar mucho a tu marido... y a tus hijos?

—Sí, pero quiero primero probarte que soy tan buena periodista como tú... Aunque me preocupa un poco ese reportaje que has hecho tú por mí, mientras yo estaba desmayada.

—No te preocupe; lo he mandado por un muchacho de confianza a la redacción. Verás como saldrá espléndido — afirma Curt, convencido de ello.

Pero en aquel momento les ponen en sus manos el «Star» y el «Express»... ¡Horror de horrores!... ¡Los dos publican idéntico reportaje!... El muchacho al que Devlin confió las cuartillas ha entregado el original al «Express» y la copia al «Star» y se ha olvidado en el bolsillo el original que debía entregar a este último. ¡Es la catástrofe más grande que les podía haber pasado! Y Curt Devlin se queda, sin palabras ante Elena, que le mira llena de indignación.

—¿Te has querido burlar de mí? — le dice, tirándole a la cara el diario. —¿Cómo voy a presentarme ante mi director? ¿No ves que has estropeado mi carrera?...

—Pero... Elena... escucha... — dice Curt, queriendo detenerla.

Pero ya Elena ha desaparecido y ha marchado corriendo a la redacción de su diario para presentar sus excusas al director y ver si consigue que no la pongan de patitas en la calle, como en realidad se merecería.

Elena corre a la dirección de su periódico. Allí todos la reciben burlonamente. Todos saben la amistad que Elena tiene con el redactor del «Express» y todos desconfían un poco de esa amistad...

—¡Oh, qué bonito reportaje han hecho hoy usted y el redactor del «Express»! — le dice uno de los empleados.

Elena no recoge la alusión y va directamente al despacho del jefe.

—Hubiera preferido que te hubieras muerto — le dice éste, por toda acogida.

—¿Te he puesto en un compromiso muy grande, Spike? — interroga Elena con aire inocente.

—Vete a hablar con Mr. Joe... y verás lo que te dice... Me parece que todos los aullidos de las fieras serán cantos de niño comparado con lo que él va a decirte.

—¿Tan enojado está?... Al fin y al cabo no es tan grande el daño... Todos podemos tener una equivocación... Ya sabes lo que dice el refrán: «No hay vida en la que no haya caído una gota de lluvia».

—Pues, hija, en la tuya me parece que va a caer el diluvio universal...

Mientras Elena va a recibir aquel diluvio que le anuncia, Curt Devlin está también recibiendo un terrible chaparrón por parte del director del «Express».

—¿Se ha creído usted en la obligación de proteger a esa menor...? — le pregunta con ironía cuando Curt explica que la historia de ejecución la ha escrito él porque Elena se había desmayado.

—No, no es obligación; pero es un deber proteger a una mujer. Y yo me he limitado a protegerla.

—Su deber era dar al «Express» un relato original de la ejecución de Mabel Gaye, y no copiar letra a letra la relación que publica el «Star».

—Pero no ha sido culpa mía. Esto puedo probarlo — afirma Devlin con aplomo.

—Puede probarlo, pero lo que no puede evitar es que los dos diarios hayan sido lanzados a la calle con la misma historia en sus páginas. No olvide que para algo le pagamos un buen sueldo.

—¡Ah...! perfectamente, ahora que hablamos de sueldos, creo llegado el momento oportuno de pedir un aumento, porque pienso casarme — dice Curt, que se ha olvidado ya de la plancha que se han tirado y que sólo piensa en Elena, en su Elena, en aquella Elena a la que le gustaría ver de ama de su casa en lugar de verla bregando por las redacciones de los periódicos queriendo hacerse una carrera de periodista.

El director no le contesta con palabras pero le lanza a la cabeza todos los libros que encuentra a mano.

Devlin juzga más prudente retirarse y evitar aquella lluvia de literatura, que, al fin y al cabo, no puede serle de ninguna utilidad en su carrera periodística.

\* \* \*

Algunos días más tarde Curt Devlin encuentra a Elena en el restaurante.

—¡Hola, querida! — le dice. —Supongo que a estas horas



estarás ya dedicada al estudio de la ciencia doméstica y te habrás olvidado del periodismo, ¿no?

Elena baja los ojos, sonríe, titubea, mira a su amigo y luego le dice, queriendo congraciarse nuevamente con él:

—Oye, Curt, ya sé que aquel día hiciste de buena fe el reportaje que tenía que haber hecho yo... Y que todo que pasó no fue más que una jugarreta del destino.

—¡Vamos, menos mal que una vez a la vida ves que tengo razón!

—Curt, no me desprecies... Debi creerte desde el momento que tú me lo decías, pensé que era mala voluntad tuya... ¿Qué piensas de mí?... ¿Que soy una rata infecta?

—No, querida; todo lo más un ratoncito encantador... — le dice Curt que cada día está más enamorado de Elena, aunque no se lo quiera confesar ni a sí mismo.

Elena sonríe y los dos se dan la mano en un estrecho apretón, en señal de paz.

—¿Te han despedido? — le pregunta Curt, que está intranquilo pensando que acaso por su culpa Elena haya perdido el empleo.

—No, pero Mr. Joe me dijo cosas que, francamente, no eran para el oído de una señorita... Pero las palabras se las lleva el viento... ¿Y a ti, te han despedido?

—¡Oh, mi patrono fué muy amable!... Me dijo que sería muy feliz si tú y yo arreglábamos una especie de pacto de suicidio y desaparecíamos los dos de este pícaro mundo. Pero eso no debe inquietarte...

—No me inquieto por ti, Curt, sino por mí... Tengo miedo de perder mi empleo.

—No te apures; dentro de dos semanas podremos entrar en la iglesia a los acordes de la marcha nupcial.

—¿Vuelves a las andadas? — inquiere Elena, que no acaba de creer en aquella propuesta de matrimonio que Curt le hace a todas horas.

—¡Claro!... ¿Por qué no quieres casarte conmigo? Puedo ser un buen marido aunque sea repórter... Pero, mira, te impongo una condición: no escribas más en los diarios, no hagas más reportajes... y te prometo quitarme el sombrero cada vez que entre en casa... ¡Ya ves que te ofrezco ser un perfecto caballero!

—No olvides que yo también soy repórter.

—Y no olvides tú que las mujeres se vuelven locas por los reporteros.

—¡Quizá!... Pero yo quiero, ante todo, probarte que soy tan buen reportero como el mejor, y lo que es más, voy a hacer que tú tengas que rendirte a la evidencia...

Curt va ordenando que les sirvan más platos. Le gusta molestar a Elena con aquellas cuestiones del periodismo, pero le gusta todavía mucho más estar a su lado y hacerla enfadar un poquito, lo suficiente para que el enfado la ponga aún mucho más bonita de lo que en realidad es.

En aquel momento suenan las sirenas de los bomberos. Elena coge su bolso y sus guantes.

—¿No vas a ver dónde está el fuego, para poder hacer una buena crónica? — le pregunta a Curt.

—Sí; pero no tengo prisa...

—Pues yo sí; me marchó, no quiero perder detalle.

—Está bien... Si ves que el fuego toma mucho incremento, dile que vaya más despacio, que me dé tiempo de llegar hasta allí... Entretanto voy a beber otro vaso de cerveza.

—¡Qué gracioso! — exclama Elena con ironía, mientras sale precipitadamente del café, sube a su pequeño automóvil y marcha a toda prisa hacia el lugar del suceso.

En el lugar del incendio la multitud se aglomera y los guardias, formando cordón, se ven apurados para contener aquella avalancha. Elena llega hasta allí, busca un lugar como para poder ver en todos sus detalles el incendio devorador, tiene que reñir con el jefe de los guardias que se obstina en no dejarle pasar y, por último, consigue un puesto en primera fila. ¡Y ya encuentra en él a Curt Devlin! Aquel hombre es una especie de diablillo que puede estar en varias partes a un mismo tiempo.

—¿Cómo ha dejado llegar a esta pequeña hasta aquí? — pregunta Curt al jefe de Policía, al que conoce mucho, porque se encuentran siempre en todos los siniestros y en todos los crímenes que se cometen o que ocurren en la ciudad.

—Me ha dicho que era repórter y no he tenido más remedio que dejarla pasar.

—¿Eso te ha dicho?... Pues te ha engañado: ni es una repórter ni lo será nunca, afirma Curt, mirando de soslayo a Elena, que se muerde los labios para contener su ira.

Elena no responde. Tiene fijos los ojos en el incendio y, de vez en cuando, toma notas en su bloc. Curt corre de un lado a otro, intenta penetrar en el edificio siniestrado, da vueltas en torno a la casa, que es como una hoguera inmensa que llega hasta las nubes...

Al día siguiente, cuando Elena, que ha escrito la noche anterior una bella crónica de incendio, llega a la redacción esperando las felicitaciones de sus colegas, el subdirector la llama y le dice:

—¿Qué has hecho? ¿En qué has perdido el tiempo la noche pasada?



—¿Perdido el tiempo? — interroga Elena con extrañeza. —Pero, ¿no ha leído usted la crónica sobre el incendio de anoche?

—Sí; he leído toda tu literatura y estoy emocionado — contesta Spike con marcada ironía. —«Las llamas devoradoras subían por las paredes del edificio como culebras de fuego. Los valientes bomberos, envueltos en nubes de humo, arriesgándolo todo, sin temor a nada, se movían entre aquella hoguera incommensurable como figuras arrancadas del Infierno del Dante...» ¡Oh, Elena, verdaderamente tu crónica es emocionante!... Describes el incendio con verdadera pasión... Pero... no supiste captar lo más interesante de aquella historia del incendio... ¿Has leído el «Express»? — le pregunta, tendiéndole un número del diario en el que colabora Curt Devlin.

Elena lo toma y lee con la sorpresa en los ojos:

«Marvin Stone, el gran empresario de Broadway, desapareció anoche después de producirse el incendio... La desaparición de Marvin Stone es el hecho más sensacional que se ha registrado en los anales de la historia del teatro desde hace muchos años...»

Elena se pasa la mano por la frente como si quisiera concentrar sus pensamientos y luego dice, como si hablara consigo misma:

—¿Cómo ha podido Curt saber todo esto?

—Querida, siendo un «verdadero repórter» — le contesta Spike —Cada día hay incendios en la ciudad tan voraces, tan «dantescos» como el de la noche pasada; pero sólo hay un Marvin Stone en todo Nueva York y en el mundo entero... Pero tú sólo pensaste en el incendio y te limitaste a describir lo que no podía ofrecer interés alguno al público... Siempre te enteras con retraso de las noticias sensacionales... He tenido a mi servicio reporteros borrachos, reporteros que no sabrán leer ni escribir, pero que me traían las noticias más espeluznantes; lo que nunca había tenido hasta ahora era una repórter a la que algún día le cortarán la cabeza en redondo y no se enterará de ello hasta que se la presenten servida en una bandeja de plata, como la de San Juan...

—Spike, lo siento mucho... — murmura Elena, que en realidad no sabe cómo excusar su torpeza y que lo siente mucho más por lo que de ella pensará Curt Devlin que por lo que pueda pensar ese buenazo de Spike que sólo tiene palabras duras para ella, pero que en el fondo le tiene simpatía y hasta un poquito de cariño.

—Siempre lo siento mucho... pero no te enmiendas. Me parece que harías más carrera dedicándote a escribir versos para las felicitaciones de Navidad.

—¡Calla!... — dice de pronto Elena, recordando algo que debe ser muy interesante a juzgar por la expresión exaltada de su rostro. —¡Stone!... ¡Stone!... Sí, anoche estaba en el incendio... Yo le vi... ¡Spike, voy a hacer el reportaje más sensacional que conoce la historia del periodismo!

—¿Te has vuelto loca, querida?

—Dame veinticuatro horas y te sabré contestar... Te lo juro, Spike, dentro de veinticuatro horas vuelvo aquí con la sensacional noticia... o no vuelvo nunca más — dice Elena, que está dispuesta a jugarse el todo por el todo y que quiere conseguir ser una buena repórter a pesar de todos los obstáculos que se ponen en su camino.

Elena corre a encontrar a Holoan, aquel con el que ha estado la noche del incendio y que puede orientarla en lo que desea saber. Holoan está durmiendo todavía, porque hace servicio nocturno y aprovecha las horas del día para descansar. Elena no repara en ello. Entra en su cuarto y le despierta violentamente.

—¡Espera! ¡Espera!... — dice Holoan mientras se cubre con una bata —No chilles tanto, porque vas a despertar hasta a la muerte... ¿Qué te trae aquí a estas horas?

—Un asunto muy importante. ¿Has leído el diario de la mañana?

—No, no leo nunca el diario de la mañana, la mañana es para dormir y no para leer ni tener sobresaltos.

—Bueno, pues ya te diré yo lo que dice: Marvin Stone ha desaparecido. La policía ha buscado por todas partes y no consigue dar con su pista.

—¿Stone?... Anoche le vi en el incendio... Incluso le pedí un taxi para él... Sí, estoy seguro, era Marvin Stone — dice Holoan, que va despertando y al que el cerebro le comienza a funcionar normalmente.

—Estaba yo también segura de ello... Pues quiero averiguar en el acto adónde le condujo el taxi. Llama por teléfono a la central de taxis y preguntalo. Vamos, date prisa... — invita Elena, que está nerviosa y que quisiera que todo se hiciera con la máxima precipitación.

Holoan, cachazudamente, porque aun tiene mucho sueño, se levanta y va al teléfono, marca el número y dice:

—Que se ponga al teléfono el chófer que prestaba servicio de taxi anoche, a las nueve y media, en la Granger Arms... Hola, ¿eres tú? Quiero saber dónde condujiste a un caballero que iba con vestido negro y sombrero gris y que tomó tu taxi anoche, a las nueve y media, frente al Granger Arms.

—¿Qué te ha contestado? — pregunta Elena, viendo que Holoan no sigue hablando y que espera aún con el receptor en la mano.



—Ahora lo va a consultar a su carnet de notas.

—¿Quién era el hombre que acompañaba a Mervin Stone?

—pregunta Elena en voz baja, mientras esperan la contestación telefónica.

—No sé, no le conozco, nunca en la vida le he visto antes de anoche. ¿Qué? — añade Holloan hablando de nuevo a través del teléfono. —¿Estás seguro?... Bueno, gracias.

—¿Qué te ha dicho? — vuelve a preguntar Elena, que tiene los nervios en tensión.

—Que lo condujo al Plaza Hospital.

—¿Al Hospital?... Vamos, vamos allá corriendo.

—Espera, mujer, espera, deja que me ponga los pantalones... No pretenderás que salga a la calle en esta facha — dice Holloan riendo.

Elena espera a que su amigo se vista y salen los dos corriendo en dirección al Hospital. No hay que perder tiempo. Un buen repórter se debe a su profesión y el tiempo no ha de contar para él.

En la oficina de admisiones del Hospital no saben darles razón de Mervin Stone. El nombre no consta en la lista de ingresados. Elena no desanima y sigue preguntando:

—Anoche, a las nueve y media, ¿no ingresó algún enfermo?

—¿A las nueve y media? Sí — dice el empleado que consulta los libros. —Ingresó un hombre llamado James Craig. A las diez menos cuarto fué admitido.

—¿Y está aquí todavía?

—Sí, en la habitación 72, séptimo piso a la izquierda.

—Está bien, gracias — dice Elena, cogiendo a Holloan de la mano y llevándole rápidamente hacia el ascensor que les conduce al séptimo piso.

—Venimos a visitar al señor Craig — dice Holloan a la enfermera que se adelanta a ellos cuando les ve llegar.

—¿Craig? Un momento — dice, consultando también en el libro registro de ingresos y salidas. Y con cara de circunstancias, añade: —Lo siento mucho, pero el señor Craig ha fallecido hace media hora.

—¿Fallecido?... ¿De qué ha muerto? — pregunta Holloan, que comienza a estar tan interesado en el caso como la misma Elena.

—De una puñalada en el vientre.

—¿Han dado ya cuenta a la policía de esa muerte?

—Sí: los detectives están ahora examinando el cadáver y han estado con él desde que llegó aquí hasta que ha muerto.

—¿Les ha hecho alguna confidencia?

—No, llegó aquí sin conocimiento y no lo ha recuperado ni un instante.

—Si fuera posible, me gustaría ver el cadáver — dice Holloan, porque quiere cerciorarse de que el difunto es, realmente, Mervin Stone.

La enfermera y él entran en la sala de cadáveres. Al poco rato vuelve a salir Holloan.

—¿Es él? — pregunta Elena, que está impaciente y desasosegada.

—Sí, es Mervin Stone.

—Pues espérame un minuto. Voy al teléfono a hablar con la redacción.

Elena va al teléfono y llama con llamada impaciente:

—Quiero hablar con Spike — dice, y cuando éste le contesta a través del hilo, añade: —He encontrado a Merv'n Stone. Está muerto. Lo han asesinado. Tiene una puñalada en el vientre.

—¡Vaya noticia! ¡Esto sí que es publicable! — murmura Spike con entusiasmo.

—Espera, espera, aun tengo más cosas sensacionales que decirte. Anoche, cuando vi a Stone frente al edificio en llamas, iba con un hombre misterioso con el que no hemos dado todavía y le preguntó: «¿Dónde está ella?» Y el hombre misterioso le contestó: «Se ha marchado por el subterráneo. Nadie la ha visto marchar».

—¡Un hombre misterioso!... ¡Una misteriosa mujer!... ¡Un gran empresario asesinado!... Chiquilla, comienzas a trabajar como una verdadera repórter... Lo que tienes que hacer ahora es averiguar quién es ella...

Entonces comienza la búsqueda loca. Elena se lanza a ella con entusiasmo. Con entusiasmo igual empieza también Curt Devlin sus pesquisas. Los dos recorren toda la ciudad alcadamente. Los dos siguen diversas pistas. Los dos quieren vencer en la apuesta que tienen empeñada. Los dos están dispuestos a vencer todas las dificultades con tal de llegar triunfantes al fin.

—Seré yo el que descubra la trama de ese crimen misterioso — le ha dicho Curt. —¿Apostamos nuestro amor?

—Apostado — ha contestado Elena. —Si lo descubres, ¡soy capaz de quererte!

—No olvides que es una apuesta, señora de Devlin — dice Curt inclinándose ceremoniosamente.

Curt va a la sala de cadáveres, consigue un pedazo de ropa del vestido de Stone, corre a casa del sastre, de allí va a casa el perfumista, luego se dirige a visitar a diversas muchachas que trabajan en el teatro con la amante de Stone, después va al mismo teatro, interroga, inquiere, investiga, olfatea... parece como un perro de presa que siguiera de cerca



a su víctima. Y consigue averiguar que la amante de Stone era Inés Cordoza, que se había enamorado últimamente de Coulter con el que Stone había peleado... ¡Bonita noticia para dar a su diario! ¡Bonita manera de anonadar a Elena que, seguramente, no había conseguido averiguar nada todavía!

Cundo se vuelve a encontrar con Elena le dice:

—Creo que tendrás que casarte conmigo, porque voy a ganar la apuesta.

—Me casaré... si me reconoces como una gran repórter.

—Me gustas, Elena — le dice Curt, mirándola enamorado.

—También me gustas tú a mí... no sé porque... Acaso porque te pareces a un foxterrier que tuve hace mucho tiempo.

—¡Son tan carifiosos y buenos los foxterriers! — suspira Curt, sintiéndose perrito.

—El mío no, porque me mordió sin compasión.

—Esto prueba que los foxterriers son muy inteligentes... Te mordería un día que debías publicar una crónica muy mala en el «Star». Mira, Elena, hazme caso a mí: tú no sirves para repórter; el buen repórter ha de tener olfato... Tú no has averiguado nada aún acerca del asesinato de Stone...

—¿Y tú? — inquiriere ella, burlona.

—Lo sé casi todo...

Menos el paradero de Inés Cordoza... ¡Y de eso me encargo yo! — exclama Elena con petulancia.

Y marcha a proseguir sus pesquisas. También ella va al teatro a hablar con las muchachas del coro, compañeras de Inés. Y consigue saber el lavadero público donde la amante de Stone se hacía lavar la ropa y allí encamina sus pasos. Inés ya no va a llevar su ropa, pero manda a un caballero todas las semanas a recoger la limpia y entregar la sucia. Elena espera la llegada del desconocido, le atisba, le sigue los pasos y, viendo que toma un taxi, toma ella otro para poderle seguir más de cerca y conocer así el paradero de la mujer que busca.

—¿Ves aquel auto que enfila la calle? — dice al chófer que está medio dormido. — Si le sigues y no le dejas escapar, te doy diez dólares de propina.

—Por diez dólares doy la vuelta al mundo siguiendo a ese auto fantasma — dice el hombre, poniendo en marcha el motor y dándole al acelerador casi sin dar tiempo a Elena a instalarse en el coche.

Los dos automóviles han emprendido veloz carrera. El de Elena sigue de lejos al del desconocido, pero ni por un momento le pierden la pista a través del dédalo de calles, de encrucijadas y de plazas que van atravesando.

—Oye, Robert — dice el chófer del auto del desconocido — no sé si te importará saberlo o no, pero desde hace mucho rato que nos viene siguiendo un automóvil.

—¿Puedes ver quién va dentro del coche? — pregunta Robert, que se ha quedado un poco pálido al escuchar la noticia.

—No lo veo muy bien, porque este espejo está más viejo que yo; pero me parece que es una mujer la que nos sigue. ¿Quieres que los despistemos?

—No, no, sigue adelante. Es preciso llegar a casa lo más pronto posible — replica el muchacho, dando prisa al chófer.

—Si quieres les hago perder la pista de tal forma que jamás podrán dar con nosotros — insiste el chófer.

—Te he dicho que me lleves a casa lo más rápidamente que puedas.

—Está bien, como quieras, el cliente siempre tiene razón.

Elena sigue con la mirada el auto que va ante ellos, porque no tiene bastante confianza en el chófer y teme que le pierda la pista. El chófer vigila con atención el auto que les precede pero de pronto, dice, como si hablara consigo mismo:

—¿Es que estamos jugando con los niños? Nosotros perseguimos a un taxi y otro taxi nos viene persiguiendo a nosotros...

—Si nos persigue el que yo me imagino... tendrá que correr mucho para atraparme — dice Elena en tono misterioso.

—Supongo que tendrá usted permiso para esta carrera de autos que estamos haciendo... — dice el chófer en tono burlón.

—No necesito permiso de la policía para ir donde me da la realísima gana — contesta Elena que no quiere entrar en explicaciones con aquel hombre.

El chófer calla, pero sigue mirando con recelo al auto que les precede y al auto que les sigue... Bien pudiera ser que entre uno y otro hicieran del suyo un emparedado... y esto no le hace ni tanto así de gracia.

En el tercer auto van Curt Devlin y su inseparable Toots, con la máquina fotográfica debajo del brazo.

—Las mujeres me dan risa... — dice Curt, que siempre piensa en Elena. — La pobrecilla se cree que me va a tomar la delantera y no sabe que yo estoy ya al cabo de la calle de todo.

—A ti te dan risa las mujeres... y a mí me das risa tú, amiguito... A lo mejor Elena te arroja al rostro toda la historia completa de ese crimen misterioso, mientras tú te imaginas seguir una pista cierta... Siempre te he dicho que eras incapaz de ver la sangre hasta el día que te degollara...

Curt Devlin mueve la cabeza dubitativamente. Está tan seguro de sí mismo que no cree en la posibilidad de que Elena le tome la delantera.



Pero Elena, esta vez, es la primera en llegar. Ha seguido de cerca a Robert y ha subido con él la escalera y con él ha entrado en el piso que ocupa Inés, que recibe con sorpresa a aquellas dos personas que acaban de llegar precipitadamente.

—¿Qué pasa, Robert? — pregunta Inés, mirando a Elena.

—He venido... Realmente no sé si debo entrar... — murmura Elena con toda finura, no queriendo asustar a Inés.

—¡Oh, pase, pase! — dice ésta amablemente. — Desde el momento que viene usted con mi hermano, será usted bien recibida en esta casa.

—No hagas caso de esa mujer — interviene Robert que está sobre ascuas. — No es más que una espía de la policía.

—Está usted equivocado, caballero... No soy una espía, ni tan siquiera soy policía. No soy más que una repórter que va en busca de noticias sensacionales.

—Pues si no quiere que la noticia sensacional la den los otros diarios, estése ahí quieta y no abra la boca ni para estornudar, pues de lo contrario irá usted a la calle por la ventana, sin contemplaciones — dice Robert, que cada vez está más nervioso y excitado.

—¿Por qué no quieren ayudarme en mi carrera periodística y me cuenta usted, señorita, su historia? — pregunta Elena, que no se da por vencida y que prefiere saltar por la ventana antes que callarse.

—Yo no tengo historia — replica Inés bajando la cabeza. — No soy culpable...

—Está bien, si no es culpable tanto mejor; será más sensacional la historia, porque será mucho más romántica... ¿No comprende usted que cada día que pasa sin que se sepa la verdad del caso es una mancha más que cae sobre usted y una nueva prueba de su culpabilidad?

—No se canse usted, porque mi hermana no le confesará la verdad de toda esa historia — interviene Robert.

—Mal hecho; si no me lo cuenta a mí se lo tendrá que contar al juez y será mucho peor. ¿No comprenden que he venido aquí sólo por ayudarla? — pregunta Elena, y, ante el gesto de duda de los dos jóvenes, añade. — ¿Es que no me creen?

—¡Cállese ya, si es que estima en algo su vida! — le grita Robert. — Hermana, si los periodistas han dado ya contigo es preciso que te marches esta misma noche, sin esperar a mañana; comienza a hacer el equipaje, corre...

—¡Pero si no tengo billete! — exclama Inés, que no sabe lo que se hace y que anda de un lado a otro de la habitación sin acertar a hacer nada a derechas.

—No te preocupes esto. Creo que podrás marcharte en un

barco de carga que zarpa esta misma noche. El capitán es amigo mío y no tendrá inconveniente en llevarte. Date prisa.

Inés obedece ciegamente a aquel hombre que parece dominarla. Robert está pálido, pero actúa como si tuviera la más completa serenidad.

—Usted — dice a Elena — se quedará aquí encerrada hasta que mi hermana esté lejos, muy lejos de la ciudad, donde la policía no pueda dar con ella.

—Así... ¿usted es hermano de Inés? — pregunta Elena que no está asustada y que quiere ir averiguando cosas para su gran reportaje sensacionalísimo.

—Sí, soy su hermano, ¿y qué?

—Que no comprendo que, siendo su hermano, no me deje ayudarla en este momento.

—Le he dicho que se calle la boca... No quiero oírle hablar más — contesta bruscamente Robert mientras descuelga el teléfono, marca un número y se pone a hablar con alguien que le ha contestado a través del hilo.

Elena inspecciona con calma la habitación, mirándolo todo detalladamente con una mirada inquisitorial y certera. Parece como si se estuviera preparando una huida o como si quisiera encontrar escrita en las paredes aquella historia tras de la cual va con tanto celo.

—Si no fuera un exceso de indiscreción... ¿podría pedirle un cigarrillo? — dice, aprovechando un momento en que Robert no hablaba a través del teléfono.

—En el cajón de la mesa encontrará — replica éste, sin mirar siquiera a aquella mujer a la que de buena gana estrangularía.

Elena abre el cajón, toma un cigarrillo, lo enciende con calma y mira en el fondo del cajón una magnífica pistola que hay en él.

Deja el cajón entreabierto y dice, mientras se pasea a lo largo de la estancia sin perder de vista el cajón:

—Inés tiene un gusto exquisito.

—¿Qué? — interroga Robert que está distraído y nervioso.

—Que me gusta mucho este saoncico; demuestra que está arreglado por la mano de una mujer de gusto refinado.

Robert no hace caso de lo que Elena le dice, porque de nuevo habla a través del teléfono arreglando el viaje de su hermana en el barco carbonero que ha de zarpar aquella misma noche del puerto.

Elena se acerca a la ventana, mira de soslayo a Robert y, viendo que él está muy distraído acerca el cigarro a la cortina y deja que se prenda fuego en ella. Cuando ya ha adquirido el fuego alguna fuerza, da la voz de alarma:



—¡Socorro!... ¡Deprisa!... El fuego puede tomar incremento y prender en toda la casa — dice, fingiendo un gran susto.

Robert deja el teléfono, se precipita a la cortina, la arranca violentamente, mientras Inés comparece, atraída por el ruido de las voces y ayuda a su hermano a apagar aquel conato de incendio. Cuando lo han dominado se vuelven y se encuentran a Elena que les encañona la pistola que ha extraído del cajón y les dice con una seriedad digna del mejor jefe de policía:

—Ahora se están ahí quietos y me cuentan la historia tanto si quieren como si no. Está usted obrando como una verdadera culpable — dice Elena, sin dejar de apuntar con su pistola. —Si fuera usted inocente no tendría inconveniente en contarme sus relaciones con Mervin Stone. Si usted es culpable, el juez aclarará el asunto. Si es inocente, yo podría ayudarla mucho desde las columnas de mi diario... No hablo en broma... Esa historia representa para mí algo más que un éxito periodístico... Representa la felicidad de toda mi vida...

\* \* \*

Curt Devlin también se cree sobre una buena pista. Ha podido averiguar, interviniendo las comunicaciones telefónicas, que aquella noche Inés Cordoza va a zarpar en un barco carbonero, y aglomera en el muelle a los guardias para que detengan a la pregunta autora del asesinato de Mervin Stone. Curt y Toots esperan con los guardias. Toda la noche la llevan de constante ajeteo y, como el día ha sido también de prueba para los dos, sienten que la fatiga comienza a dominarles; pero la vencen pensando en el éxito de la empresa. Los guardias vigilan todos los rincones para que la fugitiva no pueda escapar a sus miradas. De pronto aparece a lo lejos la silueta de una mujer. Viene envuelta en un velo que le tapa casi por completo el rostro. Adelanta con paso decidido. No hay duda, es ella. Curt Devlin da la voz de alto. Los guardias se precipitan sobre la mujer, la detienen, le descubren el rostro... ¡Pero no es Inés Cordoza!...

—¡Soy un majadero! — exclama Curt, sintiéndose vencido.

—¡Y esa era la sorpresa que nos tenía reservada! — murmura uno de los guardias con decepción.

—La sorpresa la tenía reservada... pero era para él mismo — comenta Toots que ya tenía preparada su cámara y que vuelve a guardarla sin haber podido obtener el cliché que tanto anhelaba.

Curt Devlin baja la cabeza. Por aquella vez Elena le ha jugado un juego limpio y ha ganado... Pero él sabrá tomarse la revancha.

Al día siguiente los periodistas se hacinan a la puerta de la cárcel de mujeres en la que está reclusa Inés Cordoza. La gran

reporter del «Star», Elena Gartfield, ha descubierto a la presunta autora del asesinato de Mervin Stone y la ha entregado a la policía. Todos los diarios hablan de este caso inaudito y el «Star» publica en grandes titulares un reportaje de Elena que todo el mundo lee y comenta, ensalzando el talento de aquella reporter que ha sabido hacer más que todos los detectives juntos.

Elena está orgullosa de sí misma, pero le da un poquito de pena el papel de rezagado que hace Curt Devlin en este asunto. Sin embargo, ha empezado ya y tiene que llegar hasta el final, si quiere obtener con éxito la sonada recompensa. Y acude también a la cárcel para hablar con Inés Cordoza y prepararla para el interrogatorio que ha de hacerla el juez, interrogatorio al que Elena quiere asistir para tener las primicias de aquella confesión que ha de ser la clave del enigma en que está envuelta la muerte de Mervin Stone.

Elena logra entrar hasta el calabozo en donde está encerrada Inés, porque Elena es gran amiga de Joe, el carcelero, y éste le da la preferencia a aquella muchacha con la que tiene muy buena relación.

—Cuando el juez la interroge — le dice Elena a la acusada — conteste la verdad, toda la verdad de lo que sepa; sólo la confesión de la verdad puede salvarla a usted. No quiera defender a Coulter, porque Coulter no tiene defensa posible; usted sólo debe pensar en sí misma y defenderse a usted. Yo la ayudaré en todo lo que pueda. Estoy convencida de su inocencia y quiero que reluzca pronto ante todo el mundo.

—Gracias, señorita; ha sido usted tan amable conmigo que no sé cómo agradecerle... — murmura la acusada.

—No tiene nada que agradecerme; todo lo que hago es un poco interesado; ya le dije que me estaba jugando la felicidad de mi vida. Sólo quiero tener la exclusiva de sus declaraciones, Inés... ¿Me promete no decir a nadie, absolutamente a nadie, nada de lo que diga ante el juez?

—Se lo prometo.

—Esa historia ha de ser únicamente para mí... ¿comprende?

—Sí; le prometo guardarle la exclusiva — afirma Inés que comprende el ansia de aquella chiquilla a la que sabe enamorada.

En aquel momento vienen a llamar a Inés Cordoza para ser interrogada. Elena quiere seguirla y la acompaña hasta la puerta de la sala donde está el juez del distrito. Allí la detienen:

—Lo sentimos mucho, señorita Garfield — le dicen — pero usted no puede estar presente en el interrogatorio.



Elena se queda parada en el quicio de la puerta y se muerde los labios con coraje. En la sala, al lado del juez, está sentado Curt Devlin, que la mira con una mirada llena de sorna y de ironía...

La puerta se cierra. Elena siente una angustia extraña. No puede dejarse vencer por Curt. Se acerca a Joe y le dice, ansiosamente:

—Joe, necesito que me hagas un favor... Déjame entrar en ese cuartito que da a la sala...

—No puedo, Elena, no puedo.

—¡Oh, Joe, por favor!... ¡Es cuestión de vida o muerte para mí! — suplica Elena que sabe que desde el cuartito de referencia podrá escuchar la declaración.

—Los periodistas son terribles... — murmura Joe — pero cuando el periodista es una mujer, no hay quien pueda resistirle... Pase, pase ahí sin hacer ruido... Me juego el destino y el ascenso que me iban a dar.

—Yo te juro que te haré ascender a capitán, Joe — le dice Elena, contenta de haber conseguido su propósito.

Elena consigue escuchar esta parte de la declaración:

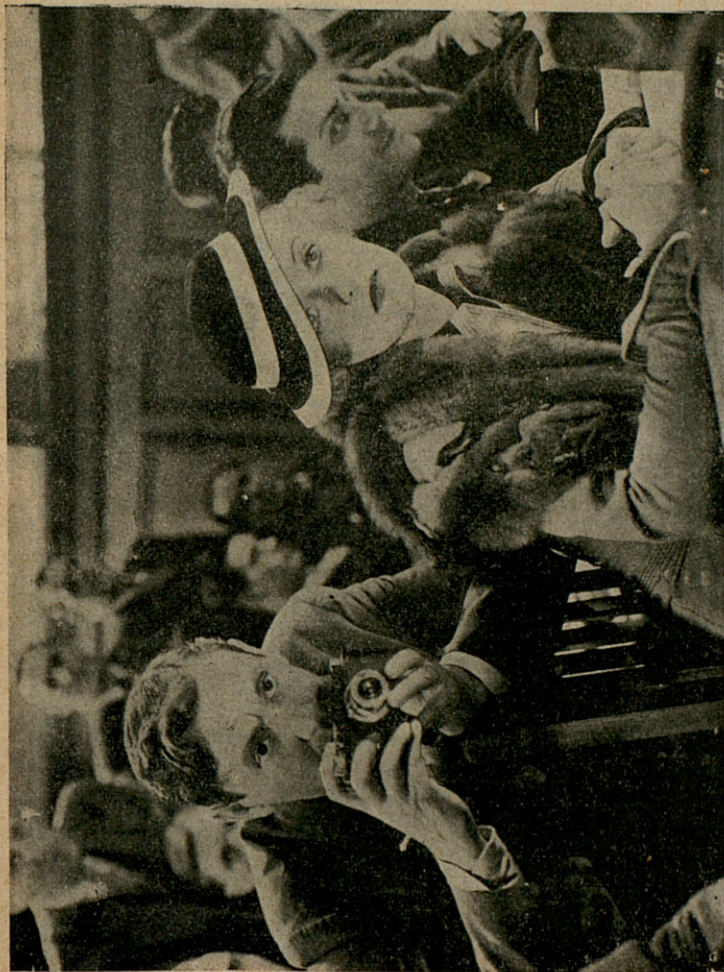
—Cuando llegué a casa de Mervin Stone — dice la voz de Inés — Coulter estaba con él y Stone se sentía enfermo. La habitación estaba en desorden. Se veía perfectamente que había habido alguna lucha entre los dos hombres. Hice muchas preguntas, pero no me dejaron entrar y me dijeron únicamente que Mervin estaba enfermo, que había bebido demasiado y que no podía recibirme. Stone bebía con frecuencia más de lo debido, y por esto no di importancia al caso. Mervin Stone parecía sufrir mucho, pero no quiso en modo alguno que llamásemos al médico. Dijo que ya se iba sintiendo cada vez mejor, y mientras estábamos discutiendo fué cuando se produjo el incendio. Naturalmente, salimos precipitados del edificio y Coulter cogió a Mervin Stone y le hizo subir a un taxi... Es todo lo que sé... Juro decir la verdad... No sé nada más de la muerte de Mervin Stone...

—Entonces, el único culpable es Coulter — dice el juez, después de haber escuchado las palabras de Inés Cordoza.

—¡No, no, no! — grita ésta, llorando desolada. —Coulter es inocente...

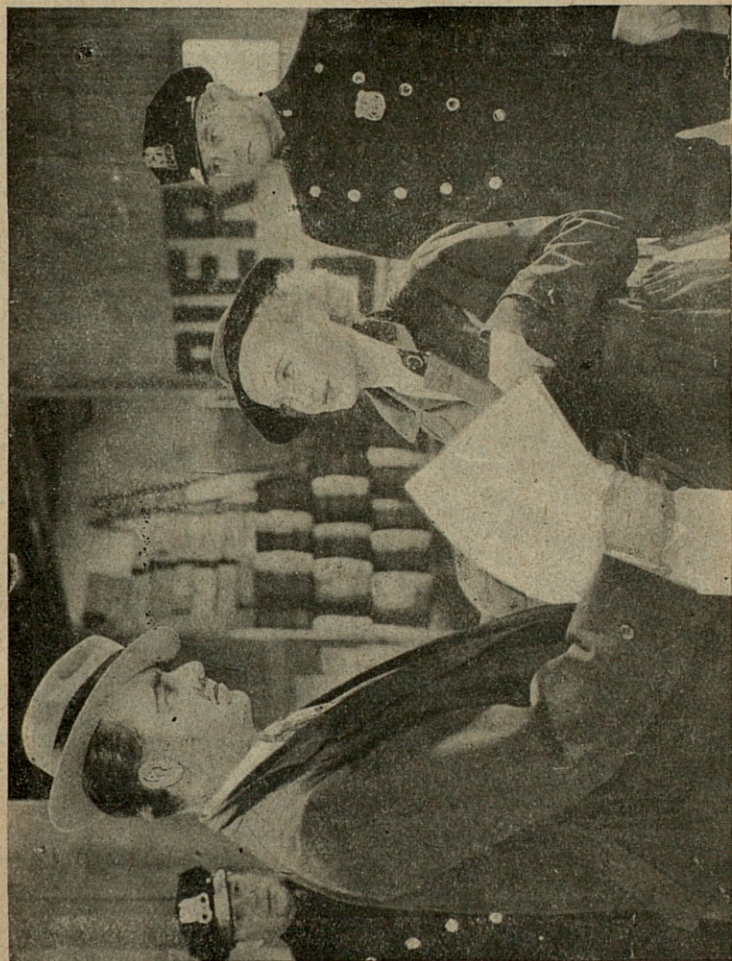
—Cálmese, señorita, cálmese... Su interrogatorio ha terminado. La matrona la acompañará a su celda hasta que comience el juicio — dice el juez, y, llamando el timbre, hace conducir a la acusada a su celda. Luego hace entrar a otro testigo: el criado chino que estaba al servicio de Mervin Stone.

—Fuji, ¿recuerda usted haber visto algún cuchillo el día



Los periodistas se hacían en la sala, donde tiene lugar la vista.





Curt toma el diario y lee en grandes caracteres ...

siguiente al de la muerte del señor Stone? — le pregunta.

—No, no recordar haber visto cuchillo — contesta el chino en su media lengua.

—Explique exactamente lo que hizo usted en la mañana siguiente a la noche en que se produjo el incendio en el edificio en donde vivía Mervin Stone.

—Primero abrí la puerta. Ví que Mervin Stone había bebido más de lo necesario, como acostumbraba a hacerlo con frecuencia. Bajé a buscar el correo. Abrí los sobres con un cortapapeles, porque al señor Stone le gustaba encontrar los sobres abiertos cuando leía el correo. Luego vi que había en el suelo ceniza, tierra y un jarrón roto, fui a buscar el aspirador y limpié todo aquello. Luego desayuné. Fui al dormitorio del señor Stone para llamarel. No me contestó. Abrí la puerta. No estaba en la habitación. Me senté a esperar y pronto llegó la policía y dijo que el señor Stone había muerto asesinado de una puñalada. Es todo lo que sé.

—Gracias, puede retirarse — dice el jefe de Policía. Y cuando el chino ha salido añade, dirigiéndose a Curt:

—Todo esto no nos da mucha luz acerca de quién pueda ser el asesino de Stone.

—No; pero, si usted me lo permite, voy a seguir mis investigaciones en la casa de Mervin Stone. Es preciso encontrar el cuchillo con el que fué asesinado. Es la única pieza que podrá orientar en este asunto.

Curt Devlin no desmaya. Está decidido a encontrar la pieza con la que se ha cometido el crimen. Si encuentra el cuchillo, seguramente encontrará al autor del asesinato. Y, acompañado de Toots que no desperdicia ocasión para sacar interesantes fotografías de todo aquel asunto, va a casa de Mervin Stone y comienza a hacer un registro minucioso y detallado. Bien sabe que la policía ha hurgado ya en todos los rincones; pero Curt se cree más listo que todos los detectives juntos, y es él quien quiere buscar lo que los demás no han sabido encontrar.

Curt comienza a hacer deducciones. El crimen se ha de haber cometido con el cortapapeles, pues el criado chino ha dicho que con el cortapapeles abría él todas las mañanas el correo de su amo y ahora el cortapapeles no está en su puesto. Curt busca por todos los rincones. El cuchillo no aparece. Entonces va a buscar entre los escombros. El criado chino ha dicho también que había recogido del suelo un jarrón roto, tierra, ceniza, todo lo había limpiado con el gran aspirador. Curt va en su busca, revuelve entre la basura y encuentra, por fin, lo que busca. Cuidadosamente lo envuelve y lo guarda. Es preciso ver si hay huellas dactilares que de-



nuncien al autor del crimen. Curt está contento de su investigación. Esta vez ha tomado la delantera a Elena y el asunto es suyo, completamente suyo. El «Express» publicará crónicas e informaciones que jamás logrará publicar el «Star».

El día de la vista del proceso llega. Se ha detenido a Coulter como presunto autor del asesinato. Las huellas dactilares halladas en el corta papeles corresponden al amante de Inés Cordoza. Coulter comparece ante los jueces y se entabla la discusión entre el acusador y la defensa. Coulter tiene poca defensa. El abogado no logra convencer a los señores del Tribunal. Tras larga polémica se suspende la vista para ser reanudada más tarde. Nadie sabe el veredicto que podrá pronunciar el Tribunal, pues todavía están muy conrutas las opiniones.

Los periodistas se hacen en la sala donde tiene lugar la vista. Todos quisieran ser los primeros en poder dar a su periódico la noticia del veredicto, pero los jueces son impenetrables y no puede nadie sospechar cuál sea su resolución. Curt escribe unas breves líneas que dicta a la redacción a través del teléfono:

«Mientras el Jurado delibera, los ojos de Coulter consultan con ansia los rostros enigmáticos, los rostros de aquellos que han de decidir de su vida o de su muerte. En algunos ve reflejada la piedad; en otros la acusación. ¿Qué hay tras esos rostros impenetrables? ¿La libertad... o la silla eléctrica? Coulter no lo sabe todavía y sus labios tiemblan un poco ante la incertidumbre del momento»...

Curt Devlin ha dado al periódico aquellas líneas para tener despierta la atención del público. Ahora es preciso saber qué es lo que delibera el Jurado que se ha retirado a la sala privada de deliberaciones. Curt ha encontrado un escondite desde donde puede oír sin ser visto. Toots vigila el terreno para que nadie les pueda sorprender.

El Jurado discute sobre la culpabilidad o la inocencia de Coulter. Las opiniones están muy divididas. No llegan a ponerse de acuerdo. Pasan las horas y el Jurado sigue deliberando mientras los periodistas se impacientan y se ponen nerviosos.

Por fin, viendo los señores del Jurado que no logran tener una unánime opinión, deciden pasar a votación el asunto. Curt aguza el oído desde su escondite. Los votos van saliendo y son leídos por uno de los empleados del Tribunal.

—Culpable, culpable, culpable... inocente, culpable, inocente, inocente...

La voz es clara y Curt puede contar perfectamente el número de votos de culpabilidad o de inocencia de Coulter.

Ganan los que le creen culpable. El Tribunal decide no dar a conocer el resultado de la deliberación hasta pasada la hora del almuerzo. Y todos se retiran muy serios para no dejar traslucir en sus rostros el acuerdo tomado.

Curt deja que todos se marchen y, sintiéndose tentado por el diablillo de las venganzas, entra en la sala, toma las papeletas con las que han votado los señores del Tribunal destruye muchas de ellas y las sustituye por otras en que se lee bien distintamente la palabra «inocente»... ¡Bonita trampa le está tendiendo a la pobrecita Elena!... Hecha aquella diablura, Curt Devlin corre a su periódico a dar la noticia: Coulter es declarado culpable por el Tribunal.

Elena, que ha estado esperando con impaciencia el resultado de la deliberación, viendo que no puede averiguar nada, se arriesga a entrar en la sala donde el Jurado ha actuado. Encuentra en el cesto de los papeles las papeletas de las votación, las recuenta con nerviosismo. ¡Magnífico!... ¡Coulter resulta inocente!... Elena corre a su periódico a dar la noticia.

Las máquinas del «Express» y las del «Star» trabajan locamente. Hay que lanzar antes del medio día la noticia a la calle. En grandes caracteres en la primera página, el «Express» anuncia «Coulter es declarado culpable». En los mismos gruesos caracteres, también en primera página, el «Star» imprime: «Coulter es declarado inocente».

Y así se lanzan a la calle las dos ediciones.

Los vendedores ambulantes vocean la noticia a grandes gritos:

—«Express» extraordinario... ¡El Tribunal declara culpable a Coulter!... ¡«Express» extraordinario con todos los detalles de la vista del proceso!... ¡Coulter, culpable!...

—¡«Star»!... ¡«Star»!... ¡Coulter, inocente!... — gritan los vendedores del «Star», haciendo competencia en entusiasmo a los vendedores del «Express». — ¡Coulter, inocente!... — ¡Coulter, culpable!... ¡«Express»!... ¡Coulter, culpable!...

La confusión es enorme. Tanto más cuanto que el Jurado todavía no ha dictado su veredicto. El juez, que está cenando tranquilamente en el restaurante en espera de que se reanude la vista, escucha los gritos de los vendedores de periódicos y se queda en suspenso:

—¿Qué es eso? — dice. Y escucha con atención.

—¡Coulter, culpable!... ¡Compre el «Express» extraordinario!... ¡Coulter, culpable!...

—¡Coulter inocente!... ¡Compre el «Star» extraordinario!... ¡Coulter inocente!...

El juez se pasa una mano por la frente como si te-



quiera volverse loco. Y abandona el restaurante para ir a la Sala de la Audiencia a terminar la vista de aquel proceso que ha salido ya a la calle de forma tan contradictoria.

—Señores Jurados — dice — es necesario que se dicte el veredicto inmediatamente. ¿Han deliberado ya la culpabilidad o inculpabilidad del acusado?

—Sí, excelencia.

—¿Y cuál es el veredicto de los señores Jurados?

—El de culpabilidad.

Elena, que ha escuchado el veredicto final, se pueda intensamente pálida. ¿Cómo ha podido equivocarse? Ha contado bien los votos y era una mayoría aplastante la que daba a Coulter por inocente. ¿Qué ha ocurrido? ¿Cómo decir al director del «Star» que se ha equivocado y que Coulter es culpable?

Elena corre al teléfono, llama a la Dirección:

—Spike — dice con una voz que no es la suya, con una voz opaca, vencida, desalentada — te he informado mal: el Jurado declara a Coulter culpable del crimen...

Y cuelga el auricular antes de escuchar las palabras gruesas y los denuestos que debe estar diciendo Spike ante la realidad del caso.

Spike da órdenes, chilla, manda, habla con la imprenta, con la sala de máquinas, con el departamento de camiones de reparto, con la central, con la Dirección, con la Secretaría con toda la casa editora a fin de parar la edición y conseguir sea recogida de la calle la que ya ha sido repartida.

Todo el mundo corre; todos se atropellan; salen los autos de reparto para recoger la edición que acaba de ser repartida y la arebatan de las manos de los vendedores que se quedan pasmados ante aquel hecho insólito. Hay que obrar deprisa antes de que el daño sea completamente irreparable. Y la edición se recoge rápidamente, con rapidez de locura, como si se tratara de una cosa de vida o muerte. Y es que en realidad aquella noticia falsa puede desacreditar para siempre al periódico.

Elena va a la redacción. Sabe lo que le espera; pero no es cobarde y quiere afrontar prontamente la situación. No comprende qué ha pasado. Se siente vencida y humillada. Y se siente, sobre todo, más humillada porque Curt Devlin debe a estas horas bañarse en agua de rosas ante la plancha fenomenal que Elena se ha tirado...

—Spike... — dice Elena con voz temblorosa — no sé cómo excusarme...

—¿Excusarte?... No necesitas excusas. Desaparece de aquí para siempre y no vuelvas a ponerte delante de mis ojos... Quedas despedida.

Elena baja la cabeza y no responde. De la calle llegan todavía gritos de:

—«Star»... «Star» extraordinario... Coulter inocente... Compre el «Star» extraordinario...

Elena se tapa los oídos con las manos. Preferiría morir a pasar aquella vergüenza. Y va a encerrarse en un tabernáculo infecto que en cuenta a su paso.

En un rincón, bebiendo absenta, deshecha física y moralmente, está Inés Cordoza. Elena se sienta a su lado y le dice:

—Si no le importa, beberemos juntas... También yo quisiera emborracharme y no volver en mí nunca jamás.

—Siéntese y beba... Es lo único que hace olvidar — replica Inés, que está ya entre nubes de inconsciencia.

—Siento mucho lo que ha pasado, Inés... Nunca creí que pudieran declarar culpable a Coulter.

—Esto te probará lo injusta que es la justicia... porque Coulter es inocente.

Elena sirve otra copa de absenta a Inés y le dice, mirándola fijamente:

—Bebe, bebe... Las dos hemos de olvidar... ¿Dices que Coulter es inocente? — vuelve a preguntar, fingiendo beber ella también su copa llena, pero sin mojar apenas los labios en el licor.

—Es inocente, te lo juro. Coulter no asesinó a Stone, no asesinó a Stone, no asesinó a Stone — repite Inés, como si, repitiendo mil veces aquella frase, le fuera más fácil convencer a su interlocutora de la verdad de lo que dice.

—No dudo lo que dices, Inés, pero me gustaría que me contaras la historia tal como fué.

—¿La historia?... No hay historia... Te contaré la verdad — dice Inés, bebiendo una nueva copa de absenta.

Elena escucha con interés la relación, escucha ávidamente y va tomando notas en su block. ¡Aquello sí que será sensacional!... ¡Ya no podrá Curt Devlin echarle en cara que no sabe encontrar buenos reportajes!... Elena sonríe, sonríe mientras Inés le va relatando el hecho tal como fué. Y, cuando ya se ha enterado de todo lo que apetecía, sale del restaurante tan animada como si hubiera sido ella la que hubiera acabado con la botella de absenta que el camarero les ha servido.

\* \* \*

El «Express» ha tenido un éxito resonante. La crónica de Curt Devlin sobre el misterioso asesinato de Mervin Stone ha apasionado al público y el «Express» se ha vendido hasta agotarse todas las ediciones.



El director del «Express» está entusiasmado. No es un hombre que se deje seducir rápidamente por un hecho cualquiera. Es un hombre que sabe conocer bien lo que puede reportarle alguna ventaja y lo que es destacadamente favorable a su negocio. Ha de reconocer que Curt Devlin es el mejor periodista que ha tenido desde que fundó el periódico y que si el muchacho se siente orgulloso de sí mismo tiene razón de ello, porque reportajes como aquel no se dan todos los días.

Curt Devlin acude a la redacción después de su gran éxito y después del gran fracaso del «Star» del que es él el único culpable.

El director le recibe con cordialidad, con entusiasmo. Curt no está acostumbrado a aquel trato y se asombra de que Mr. Harnett le reciba tan efusivamente.

—Mi felicitación más calurosa, Curt — le dice el director dándole un fuerte abrazo. — Éxitos así no se registran todos los días en los anales de la Prensa.

—He hecho cuanto he podido, Mr. Harnett. Al fin y al cabo no he hecho más que cumplir con mi obligación.

—Este triunfo que es puramente personal, ya que a usted sólo se debe, le valdrá un buen aumento de sueldo.

—¿De veras?

—De veras.

—Mr. Harnett, ya ve usted que me estoy volviendo un buen abogado... ya que he sabido defenderme a mí mismo de tal forma que ha tenido que rendirse usted a la evidencia y me aumenta el sueldo por su propia voluntad. ¡Esto sí que es un triunfo! — exclama Curt, embromando a su jefe que nunca ha sido demasiado generoso con él.

—Bueno, bueno, no se entusiasme tanto... Mejor sería que fuera usted pensando en su porvenir... Supongo que ya no pensará casarse con esa chiquilla redactora del «Star»...

—No tengo otra idea, Mr. Harnett — confiesa Curt con sinceridad.

—¿Está usted loco!... ¿No ve que esa chiquilla es tonta?

—Esa chiquilla no solamente no es tonta sino que es el mejor reportér que he conocido hasta ahora — dice Curt muy seriamente.

—¿Qué dice?

—Que Elena Garfield es el mejor reportér periodístico de la ciudad y que si el «Star» no lo ha sabido comprender así y la ha despedido, sería muy cuerdo que el «Express» la tomara a su servicio.

El director abre tamaños ojos, sin comprender bien lo que quiere decirle Curt. Curt aclara sus palabras:

—Si yo no hubiera tenido un vivo interés en hacerla quedar mal, hubiera sido Elena la que hubiera descubierto el crimen y la que hubiera dado la noticia. Elena era la que estaba sobre la pista; sólo que yo seguía la pista que ella rastreaba y le iba amontonando dificultades para que no llegaran nunca a tiempo las noticias que ella descubría.

—Eso es una traición...

—No, señor, simplemente una jugarreta para ganar la apuesta — replica Curt, riendo.

—Vamos, ahí viene nuestra mujer... No quiero estorbar... Les dejo solos — dice el director, viendo entrar a Elena.

Elena saluda sonriendo al director y hace ver que no se entera de la presencia de Curt Devlin.

Curt se adelanta hacia ella, le tiende la mano y le dice, fingiendo arrepentimiento:

—Lamento mucho, Elena, que te hayas metido en todo ese lío. Ya sabía yo que ibas a ser vencida por fuerzas más poderosas que la tuya...

—No lo lamentos tanto... Has conseguido lo que querías... Me han despedido del «Star».

—¿Te han despedido?

—Sí; y quizá tengan razón... Una mujer no sirve para periodista... — dice Elena, mirando a Curt por el rabillo del ojo para ver el efecto que le producen sus palabras.

—Siempre te dije que las mujeres érais malas periodistas — afirma Curt en tono sentencioso.

—Sí... pero no tan malas como tú te imaginas, tontísimo... Toma, lee esto — le dice Elena, entregándole un número de «Star» recién impreso.

Curt toma el diario y lee en grandes caracteres:

«Fuí yo quién mató a Mervin Stone. Inés Cordoza, la novia de Coulter, confiesa haber sido ella la que apuñaló a Mervin Stone la noche del incendio».

Curt mira con ojos asombrados a Elena, que sonríe con íntima satisfacción.

—¿Cómo has sabido esto? — pregunta Curt que creía que aquel asunto no podía ya tener continuación.

—Sencillamente: la tarde del veredicto, cuandome despidieron del «Star», me sentía tan desfallecida, tan anonadada, que me metí en una taberna para beber y olvidar todos mis males. En la taberna estaba Inés Cordoza que, como yo, trataba de olvidar. Entablamos conversación. No fué difícil arrancarle la verdad, pues estaba desesperada ante el veredicto de culpabilidad dictado por el Jurado. La verdad era muy sencilla: Mervin Stone y Coulter estaban riendo cuando entró Inés en la habitación. Stone iba a disparar su pistola contra



Coulter y fué entonces cuando Inés, para salvar la vida de su amante, cogió el cortapapeles y lo hincó en el corazón de Stone...

—Pero las huellas dactilares que había en el cortapapeles eran las de Coulter — comenta Curt, que no acaba de comprender toda aquella historia.

—Sí... Inés iba con traje de noche y llevaba unos guantes largos de cabritilla blanca... En el momento de matar a Stone, Coulter quiso arrancarle el cuchillo de la mano, por eso las huellas dactilares son de Coulter y no de Inés...

—¡Bravo, muchacha!... ¡Esto sí que es un buen trabajo!... Ahora ya puedes considerarte como el mejor repórter de la ciudad.

—¿De veras crees eso? — inquiriere Elena, que no acaba de creer en lo que oye.

—Lo creo de veras, chiquilla, aunque me da mucho coraje tenerlo que creer — asegura Curt, abrazando a Elena.

—¡Al fin has tenido que confesar lo que yo quería que confesaras!... Ahora ya me puedo cortar la coleta y retirarme a la vida privada...

—¿Quieres llamarte, de hoy en adelante, la señora Devlin? — pregunta Curt.

—Sí; quiero llamarme la señora Devlin y olvidarme para siempre de Elena Garfield, la repórter — contesta Elena, besando a su novio en los labios.

—¡Un momento, un momento, no se muevan ustedes! — grita Toots, que llega con su cámara preparada para obtener la fotografía. — ¡Este es el mejor reportaje gráfico que he podido obtener de todo ese intrincado misterio de la muerte de Mervin Stone!...

Elena y Curt rien con todas sus ganas y dejan que Toots tome aquella fotografía que les muestra a los dos en todo el esplendor de su felicidad.

F I N

## Editadas

- Núm. 1. *Sublime obsesión*, por Robert Taylor e Irene Dunne.  
\* — 2. *El desfiladero perdido*, por Buck Jones.  
\* — 3. *El gran impostor*, por Edmund Love.  
\* — 4. *La vida de la Bohème*, por Martha Eggert, Jan Kiepura.  
\* — 5. *La bandera amarilla*, por Hans Albers.  
\* — 6. *Cuando volvamos a amarnos*, por Margaret Sullivan.  
\* — 7. *El tigre de Esnapur*, por La Jana.  
— 8. *La tumba india* por La Jana.  
\* — 9. *Muñecas infernales*, por Lionel Barrymore.  
\* — 10. *El cantante de Viena*, por Jan Kiepura.  
— 11. *Juventudes rivales*, por Charles Farrell y June Martel.  
— 12. *La marca de Caín*, por Noah Beery (hijo), Jean Rogers.  
\* — 13. *Una chica de provincias*, Janet Gaynor y Robert Taylor.  
— 14. *Siete bofetadas*, por Lilian Harvey y Willy Fritsch.  
— 15. *El Capitán Costali*, por Olga Tschechowa, Karl Diehl.  
— 16. *Morir con honor*, por Buck Jones y Edward Keene.  
— 17. *Baile en el Metropol*, por H. George, Viktoria Ballasko.  
— 18. *El poder invisible*, por Boris Karloff y Bela Lugosi.  
— 19. *El Rapto*, por Gustav Fröhlich y Walt Janssen.  
— 20. *Exterminio*, por Buck Jones.  
— 21. *Rosas Negras*, por Lilian Harvey y Willy Fritsch.  
— 22. *Jaque al Rey*, por Myrna Loy y Spencer Tracy.  
— 23. *Caballería Ligera*, por Marika Rökk y Fritz Kampers.  
— 24. *Impetus de Juventud*, por Sylvia Sidney.  
— 25. *Un mal paso*, por Keen Maynard.  
— 26. *Saratoga*, por Clark Gable y Jean Harlow.  
— 27. *Crepúsculo Rojo*, por Rodolf Forster.  
— 28. *El Trio de la Fortuna*, por Lilian Harvey, Willy Fritsch.

\* Agotadas

## En preparación

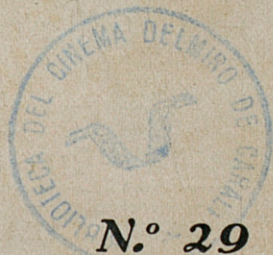
CATALINA, interpretada por  
FRANZISKA GAAL y AHNS HOLT



PUBLICACIONES CINEMA

CALLE BAILEN, 154

BARCELONA



N.º 29